



"Volveos hacia Mí para salvaros" (Is 45)

«Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra, pues yo soy Dios y no hay otro» (Is 45,22).

El trasfondo histórico de esta invitación divina es la sorprendente liberación que Dios realizó en favor de su pueblo, en el tiempo del exilio de Babilonia.

El Señor les suplicaba a los israelitas y en realidad a todos los hombres, a que se volvieran a Él para ser salvados. Es la misma súplica que sale al inicio de esta cuaresma, tiempo de gracia, para todos nosotros. Son palabras llenas de amor, insistente invitación para que nos dejemos querer y salvar. Palabras que nos llegan al corazón en esta sociedad y en este mundo, tan perdido y tan amado; en sociedad secularizada, como desterrada del amor y de la presencia amorosa de Dios.



LA CENTRALIDAD DE DIOS

"Una sociedad en la que Dios está ausente -una sociedad que ya no lo conoce y lo trata como si no existiera- es una sociedad que **pierde su criterio**. En nuestra época se ha acuñado el lema 'la muerte de Dios'. Cuando Dios muere en una sociedad, ésta se vuelve libre, nos aseguran. En verdad, **la muerte de Dios en una sociedad significa también el fin de su libertad**, porque muere el sentido que ofrece orientación. Y porque desaparece el criterio que nos muestra la dirección enseñándonos a distinguir el bien del mal. La sociedad occidental es una sociedad en la que Dios está ausente en la esfera pública y para la que no tiene nada más que decir. Y por eso es una sociedad en la que cada vez se pierde más el criterio y la medida de lo humano".

La aportación principal de la Iglesia "se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que es Él quien nos ha dado la vida. Solo Él es absoluto, amor fiel e indeclinable, meta infinita que se trasluce detrás de todos los bienes, verdades y bellezas admirables de este mundo; admirables pero insuficientes para el corazón del hombre".

"El desafío de una mentalidad cerrada a lo trascendente obliga también a los propios cristianos a volver de modo más decidido **a la centralidad de Dios**. A veces nos hemos esforzado para que la presencia de los cristianos en el ámbito social, en la política o en la economía resultara más incisiva, y tal vez no nos hemos preocupado igualmente por la solidez de su fe, como si fuera un dato adquirido una vez para siempre. En realidad, *los cristianos no habitan un planeta lejano, inmune de las «enfermedades» del mundo, sino que comparten las turbaciones, la desorientación y las dificultades de su tiempo. Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho, Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida. La primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón, para que el Bautismo que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra pueda realmente transformarnos.*

EL CAMINO CUARESIMAL

Hemos emprendido el camino cuaresmal, animados por un espíritu más intenso de oración y de reflexión, de penitencia y de ayuno.

Jesús nos hace una insistente invitación en el Evangelio: "Convertíos y creed en el Evangelio" (cf. Mc 1, 15) Es la expresión del deseo sincero de Dios para que nos empeñemos en evitar el mal y a hacer el bien.

San Juan Pablo II nos dijo con fuerza: *"Permitidme gritar fuerte: ¡es hora de volver a Dios!"*

Este "volvernos a Dios" es la esencia de la **CONVERSIÓN**, que es la primera palabra del Evangelio, la **palabra permanente, la palabra central y definitiva**: *"convertíos y creed en el Evangelio"*.

Es esta la gran necesidad que tenemos y que tiene el mundo, necesidad de Dios, porque solo Él puede satisfacer plenamente las aspiraciones del corazón humano. Es necesario volver a Dios, reconocer y respetar sus derechos.

A quien todavía no tiene la alegría de la fe se le pide la valentía de buscarla con confianza, perseverancia y disponibilidad. A quien ya tiene la gracia de poseerla se le pide que la aprecie como el tesoro más valioso de su existencia, viviéndola profundamente y testimoniándola con pasión.

¿QUÉ ES CONVERTIRSE?

¿Qué es en realidad convertirse? **Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, de Jesucristo**; convertirse no es un esfuerzo para autorrealizarse, porque el ser humano no es el arquitecto de su propio destino eterno. Nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, la autorrealización es una contradicción y, además, para nosotros es demasiado poco.

Tenemos un destino más alto. Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse "creadores" de sí mismos, pues no somos autores de nosotros mismos. La conversión consiste en **aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios**, nuestro verdadero Creador; que dependemos del amor. En realidad, no se trata de dependencia, sino de **libertad**. Por tanto, convertirse significa no buscar el éxito personal —que es algo efímero—, sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor a fin de que Jesús sea para cada uno, como solía repetir Santa Teresa de Calcuta, **"mi todo en todo"**. Quien se deja conquistar por Él no tiene miedo de perder su vida, porque en la cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, perdiendo por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar.

Esta conversión del corazón es ante todo un **don gratuito de Dios**, que nos ha creado para sí y en Jesucristo nos ha redimido: nuestra verdadera felicidad consiste en permanecer en Él (cf. Jn 15, 4).

Dios nos llama a la conversión porque nos ama, es expresión de su preocupación por nosotros por el amor que nos tiene: un amor de Padre, semejante y superior al de una madre; un amor de amigo y enamorado, de novio y esposo; un amor que ha tenido su expresión más plena y suprema en la entrega de Jesucristo en la muerte y resurrección.

El pecado es una ruptura de la relación con Dios que nos deja en la soledad más radical, en la oscuridad de una vida sin amor. **Convertirse es retornar al Dios que nos ama y nos perdona, es caer de nuevo en los brazos del Padre pródigo en misericordia**. Convertirse es abrirnos al perdón de Dios, que desea restablecer la alianza con nosotros. Por eso, debemos sentirnos pecadores y reconocer que nuestro corazón es de piedra y no de carne cuando nos negamos a amarle, cuando le ofendemos, ignoramos o despreciamos.

NO ESPERAR A MAÑANA

La conversión no se realiza nunca de una vez para siempre, sino que es un proceso, un camino interior de toda nuestra vida. Ciertamente, este itinerario de conversión evangélica no puede limitarse a un período particular del año: es un camino de cada día, que debe abrazar toda la existencia, todos los días de nuestra vida.

"Toda la vida del cristiano fervoroso —dice San Agustín— **es un santo deseo**". Si esto es así, en Cuaresma se nos invita con mayor fuerza a arrancar "de nuestros deseos las raíces de la vanidad" para educar el corazón a desear, es decir, a amar a Dios. **"Dios** —dice también San Agustín—, **es todo lo que deseamos**". Ojalá que comencemos realmente a desear a Dios, para desear así la verdadera vida, el amor mismo y la verdad.

¡No demoremos más la conversión! San Agustín, que vivió con especial dramatismo y radicalidad su proceso de conversión, nos exhorta desde su propia experiencia a no retrasarla. A los paganos que daban largas a su conversión les decía:

"Si ya lo has pensado, si ya lo tienes decidido, ¿a qué esperar? Hoy es el día, ahora mismo; no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Dejarlo para luego es exponerse a dar marcha atrás; no todos los días estás decidido, no a toda hora estás preparado para este paso". Y seguía: **"Si ahora no te animas, ¿por qué dices y crees que lo harás algún día? No estés tan seguro, te costará más que hoy; quizás no tengas ya deseos del cambio; las fuerzas contrarias volverán a la carga. ¿Por qué dices que alguna vez lo harás?, ¿tendrás oportunidad?, ¿seguirás con vida mañana?, ¿te dará Dios la gracia de la conversión? Teme a Cristo que pasa y no vuelve¹."**

Al demonio le encanta ilusionar a la gente y engañarla con la conversión de mañana; a Dios le gustan las cosas hoy y ahora: **Hoy es el día de la conversión. "Si escucháis HOY su voz, no endurezcáis el corazón".**

¡Qué importante es escuchar y acoger este llamamiento en nuestro tiempo! El hombre contemporáneo, cuando proclama su total autonomía de Dios, se hace esclavo de sí mismo, y con frecuencia se encuentra en una soledad sin consuelo.

Esta invitación a la conversión es un impulso a **volver a los brazos de Dios**, Padre tierno y misericordioso, a fiarse de él, a abandonarse a él como hijos adoptivos, regenerados por su amor. La Iglesia, con sabia pedagogía, repite que la conversión es ante todo una gracia, un don que abre el corazón a la infinita bondad de Dios.

La conversión implica **aprender humildemente en la escuela de Jesús** y caminar siguiendo dócilmente sus huellas. Él nos dice: **"Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará"**, añade: **"¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?"** (Mc 8, 35-36). La experiencia demuestra que no se es feliz por el hecho de satisfacer las expectativas y las exigencias materiales. En realidad, la única alegría que llena el corazón humano es la que procede de Dios. De hecho, tenemos necesidad de la alegría infinita. Ni las preocupaciones diarias, ni las dificultades de la vida logran apagar la alegría que nace de la amistad con Dios.

La invitación de Jesús a cargar con la propia cruz y seguirle, en un primer momento puede parecer dura y contraria de lo que queremos; nos puede parecer que va contra nuestro deseo de realización personal. Pero si lo miramos bien, nos damos cuenta de que no es así: el testimonio de los santos demuestra que **en la cruz de Cristo, en el amor que se entrega, renunciando a la posesión de sí mismo, se encuentra la profunda serenidad** que es manantial de entrega generosa a los hermanos, en especial, a los pobres y necesitados. Y esto también nos da alegría a nosotros mismos.

El camino cuaresmal de conversión se convierte en la ocasión propicia, **"el momento favorable"** (cf. 2 Co 6, 2) para renovar nuestro abandono filial en las manos de Dios y para poner en práctica lo que Jesús sigue repitiéndonos: **"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"** (Mc 8, 34), y así emprenda el camino del amor y de la auténtica felicidad.

LAS ARMAS DEL CRISTIANO

«Los tiempos y los días de penitencia a lo largo del año litúrgico (el tiempo de Cuaresma, cada viernes en memoria de la muerte del Señor) son momentos fuertes de la práctica penitencial de la Iglesia» (CCE)

¹ Parece ser que San Expedito fue martirizado y luego decapitado el 19 de abril del año 303 en la ciudad de Melitene. Junto a él, murieron también otros legionarios que se habían convertido al cristianismo con él. La tradición narra que, en el momento de convertirse, y antes de tomar su decisión definitiva, se le apareció el demonio en forma de cuervo que le decía: "Cras, cras, cras", que en latín significa "mañana". Pero el santo **no aceptó la postergación de su fe** y, con un total determinación aplastó al cuervo mientras decía: "Hodie, hodie, hodie", que significa "HOY". Por esa razón se le considera **patrono de las causas urgentes**.

La conversión nace del corazón, pero no se queda encerrada en nuestro interior, sino que fructifica en obras externas. Entre ellas destacan, en primer lugar, la participación en la **Santa Misa** y el **sacramento de la Penitencia**. Y el Catecismo añade: «*La Escritura y los Padres insisten sobre todo en tres expresiones de la conversión que hacen referencia a la relación consigo mismo, con Dios y con los demás: el ayuno, la oración, la limosna*». Estas tres formas de alguna manera compendian y comprenden todas las demás.

Por eso, otro aspecto de la espiritualidad cuaresmal es el que podríamos llamar «agonístico», y se refleja en las oraciones de la liturgia, donde se habla de «armas» de la penitencia y de «combate» contra las fuerzas del mal. Cada día, pero especialmente en Cuaresma, el cristiano debe librar un combate, como el que Cristo libró en el desierto de Judá, donde durante cuarenta días fue tentado por el diablo, y luego en Getsemaní, cuando rechazó la última tentación, aceptando hasta el fondo la voluntad del Padre. Se trata de un **combate espiritual**, que se libra contra el pecado y, en último término, contra Satanás. Es un combate que implica a toda la persona y exige una atenta y constante vigilancia. San Agustín afirma que quien quiere caminar en el amor de Dios y en su misericordia no puede contentarse con evitar los pecados graves y mortales, sino que «*hace la verdad reconociendo también los pecados que se consideran menos graves (...) y va a la luz realizando obras dignas. También los pecados menos graves, si nos descuidamos, proliferan y producen la muerte*».

Por consiguiente, **la Cuaresma nos recuerda que la vida cristiana es un combate sin pausa, en el que se deben usar las «armas» de la oración, el ayuno y la penitencia. Combatir contra el mal, contra cualquier forma de egoísmo y de odio, y morir a sí mismos para vivir en Dios es el itinerario ascético que todos los discípulos de Jesús están llamados a recorrer con humildad y paciencia, con generosidad y perseverancia** (Miércoles de Ceniza, 1-3-2006).

- El **AYUNO** no es sólo renuncia moderada en los alimentos, sino también otras renunciaciones para no dar gusto al cuerpo para poder dedicarnos mejor a Dios y a hacer el bien a los demás.
- La **ORACIÓN**, cuyas expresiones y formas son muy amplias. En esta Cuaresma podemos cuidar especialmente, además de la contemplación y meditación diaria, el examen del amor por la noche, la adoración eucarística, y los retiros o ejercicios espirituales. Y por supuesto la devoción a la Virgen con el rezo del Santo Rosario.
- La **LIMOSNA** no es sólo dar dinero u otros bienes materiales a los necesitados, sino también compartir el propio tiempo, cuidar a los enfermos, perdonar a los que nos han ofendido, corregir al que lo necesita para rectificar, dar consuelo a quien sufre, etc.

El amor debe traducirse en gestos concretos en favor del prójimo, y en especial en favor de los pobres y los necesitados, subordinando siempre el valor de las «obras buenas» a la sinceridad de la relación con el «Padre celestial», que «ve en lo secreto» y «recompensará» a los que hacen el bien de modo humilde y desinteresado (cf. Mt 6, 1. 4. 6. 18).

La concreción del amor constituye uno de los elementos esenciales de la vida de los cristianos, a los que Jesús estimula a ser luz del mundo, para que los hombres, al ver sus «buenas obras», glorifiquen a Dios (cf. Mt 5, 16). Esta recomendación llega a nosotros muy oportunamente al inicio de la Cuaresma, para que comprendamos cada vez mejor que «*la caridad no es una especie de actividad de asistencia social (...), sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia*» (Deus caritas est, 25). ***El verdadero amor se traduce en gestos que no excluyen a nadie, a ejemplo del buen samaritano, el cual, con gran apertura de espíritu, ayudó a un desconocido necesitado, al que encontró «por casualidad» a la vera del camino*** (cf. Lc 10, 31) (Benedicto XVI).

Pidamos a la Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, que nos acompañe en el camino cuaresmal, para que sea un camino de auténtica conversión. Dejémonos guiar por Ella y llegaremos interiormente renovados a la celebración del gran misterio de la Pascua de Cristo, revelación suprema del amor misericordioso de Dios. ¡Buena y santa Cuaresma a todos!